algar

EL ARCA

Serafino, el dinosaurio cobarde

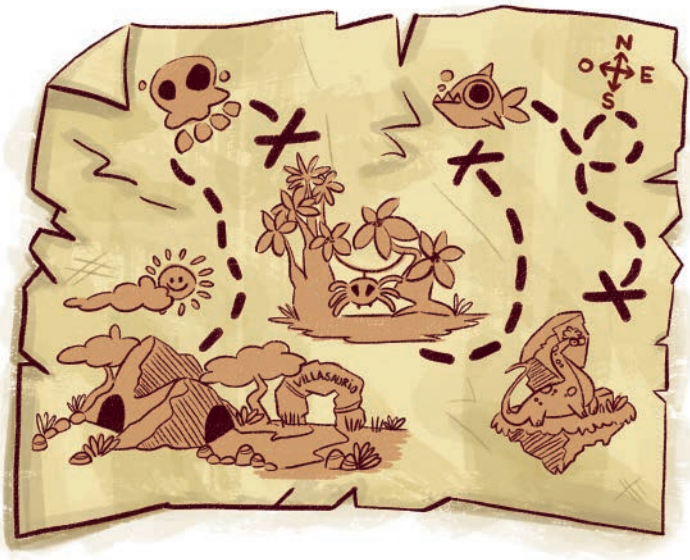
Vanesa Martínez-León

Ilustraciones de **Viv Campbell**

Premio Algar de Novela Infantil

Soy Serafino y vengo a contaros una historia. La historia trata de mí, de mi vida y de algunas cosas que me han pasado. Solo algunas, claro, no puedo contarlas todas a la vez. Si lo hiciera, no se entendería nada. Eso es lo que siempre me dice mamá: «Serafino, las cosas mejor primero una y luego otra». Y la verdad es que tiene razón. Porque, cuando quiero hacer muchas cosas a la vez o contar muchas ideas que tengo en la cabeza, me lío y acabo tropezando con mis propias patas o mareado de tanto pensar.

Así que, para empezar y conocernos un poco, voy a contaros la historia sobre el día en que tuve que ir yo solo a casa de mi abuela.



Ya sé que no suena muy prometedor. Seguro que pensabais que iba a contaros una historia llena de aventuras y acción. Una de esas en las que los dinosaurios aplastan cosas con sus enormes pies y van dando bocados a todo el que se cruza en su camino. Sí, sé las cosas que dicen de nosotros por ahí. Que si somos peligrosos, que si damos mucho miedo, que si nuestros dientes son tan grandes como la mano de un orangután... Pues, ¿sabéis qué? Que es verdad. Todo. O lo es en la mayoría de los casos.

Yo soy un dinosaurio un poco diferente. No me entendáis mal. Tengo mi cuerpo de dinosaurio, mi cola de dinosaurio y hasta mi gran boca

de dinosaurio. Vamos, que tengo toda la pinta de un dinosaurio cualquiera, uno de esos que, cuando los ves, te hacen salir corriendo en dirección contraria. Solo que, en mi caso, el que sale corriendo soy yo.

Eso es porque soy un cobarde.

«No será para tanto», pensaréis vosotros. «Después de todo, es un dinosaurio. No puede ser tan cobarde». Pues sí, lo soy, y mucho. No un poco miedoso, no, un cobarde en toda regla.

Ya imaginaréis lo que eso supone siendo un dinosaurio. Los otros dinosaurios jóvenes se meten conmigo.

–Ahí va Serafino, el dino cobarde –dicen cuando me ven pasar.

A mí no me importaría ser Serafino el dino. Es claro y directo. ¡Si hasta rima! Mola un montón. Pero no, soy Serafino, el dino cobarde. Y eso ni mola, ni rima, ni nada de nada.

Si fuera un poco más valiente, me defendería y les daría un buen coletazo. Pero soy un cobarde, y ellos lo saben. No me queda más remedio que aguantarme.

Y así me paso el día. Dando paseos por el poblado sin otro objetivo que el de pasar desapercibido.

Siento decepcionaros. Tampoco es que mi vida sea la mar de interesante. En realidad, en Villasaurio todo es de lo más normal. Casi podría decirse que vivir aquí es un poco aburrido. La acción sucede detrás de las montañas, al otro lado del valle. Allí... En realidad, no sé lo que sucede allí, porque nunca he salido de Villasaurio, pero, por lo que me han contado, hay carreras, polvo, peleas, pisotones, mordiscos y grandes peligros en general. Me hago pis de puro espanto cuando lo pienso.

Lo que son las cosas, los demás están deseando que llegue el momento en que puedan salir. Estos dinosaurios están locos.

Si por mí fuera, jamás hubiera salido de aquí.

Pero lo hice.

VILLASAURIO

No solo lo hice, sino que lo hice sin rechistar. Bueno, vale, lloré y me quejé durante un par de horas, pero, cuando vi que no me quedaba más opción que la de salir de Villasaurio y cruzar los valles, me sequé las lágrimas y me fui a mi habitación. Allí intenté encerrarme, pero tampoco funcionó. Es lo que tiene no tener paredes ni puertas.

–Ya está bien, Serafino –me regañó mamá–. No puedes pasarte toda la vida encerrado en este valle.

–¿Y por qué no? Yo aquí estoy muy bien. No tengo ningunas ganas de salir.

Mamá puso los ojos en blanco, como siempre hace cuando está cansada, y siguió reuniendo piedras para la cena.

–La abuela necesita que le lleven plantas frescas. Sabes que ya no se mueve tan bien como antes. Tiene que guardar provisiones para el invierno.

–Pues que venga ella –me quejé–. Seguro que andar le va bien para las articulaciones.

Mamá dejó de reunir las piedras y me miró muy seria.

–No te pases ni una garra, jovencito.

¿Pero qué había hecho yo? Uno no podía decir nada.

–Yo creo que esto del nieto que va solo a casa de su abuela ya lo he oído en alguna parte –comenté–. Y no acababa nada bien. Se lo comían o algo así.

–No digas tonterías. Sería imposible que nadie te comiera –me rebatió mamá–. Eres demasiado grande.

Esa sí que era buena. ¿Qué culpa tenía yo de ser tan grande?

A mí me da que eso es algún tipo de discriminación, pero no dije nada más.

Era mejor no enfadar a mamá.